

## **FORMARSE ES TRANSFORMARSE**

### **1) Introducción**

Estimados hermanos, entramos en la etapa final de nuestro semestre, por lo cual quisiera nuevamente llamar la atención sobre el “puerto de llegada” al cual debe estar orientada nuestra formación, nuestras actividades en casa, nuestro esfuerzo personal de crecimiento y de maduración. El tema de hoy se intitula: “formarse es transformarse”, con este tema deseo solo retomar en mano los objetivos primordiales de nuestra formación, redescubrir la amplitud de la tarea que estamos llevando a cabo y replegar nuestros esfuerzos en lo que efectivamente nos ayuda a formarnos, en especial en este fin de semestre. Otra motivación de este tema es introducir los argumentos de los próximos encuentros comunitarios, en los cuales quisiéramos retomar las dimensiones formativas, una por una, para profundizar en la comprensión de los objetivos formativos y poder terminar el año en línea de crecimiento, en línea de transformación en todas las dimensiones de nuestro carisma Xaveriano.

### **2) Formarse es transformarse**

Esta afirmación no es solo un juego de palabras, en ella se visualiza lo que nuestra Ratio Formationis pide para esta etapa de teología: (RFX 320, 321) (Leerlo). Nuestra realidad de seres humanos nos ayuda a entender que la transformación solo puede suceder cuando aceptamos entrar en procesos bien definidos, continuados y perseverantes. No somos una “plastilina” o un objeto “moldeable” a simple mano, tenemos historias, tenemos caminos hechos, herencias culturales, familiares, traemos todo un “bagage” que hace de nosotros personas ricas y bien definidas. Por ello, en nuestra etapa, como en otras, una formación que no sea llevada en procesos no será para nada efectiva, solo será “vestirse” con camisas que quizá nos queden bien, quizás no y que finalmente dejaremos a la primera propuesta distinta.

Permítanme presentar un esquema que podrá guiarnos en esta exposición y hacer un poco claro el diálogo sobre estos procesos necesarios a vivir en nuestra formación.

<b>FORMARSE ES TRANSFORMARSE</b>	<i>Proceso de interiorización</i>	<i>Proceso de vertebración</i>	<i>Proceso de configuración</i>
<i>Espacio de consagración</i>	Entrar en contacto con el corazón. Orar y discernir vs. superficialidad	Entrenamiento del deseo con Jesús. Enamorarse vs. imitar	Vivencia práctica de los votos. Estilo de vida positivo vs. espacio del NO
<i>Espacio de la comunidad</i>	Integración de la alteridad. Relaciones sanas vs. individualismo	Crear tramas de historias compartidas. Mutualidad vs. aislamiento	Lazos de familia y comunidad de memoria. Valorar la tradición vs. adamismo
<i>Espacio de la misión</i>	Personalización de la misión. Fecundidad vs. Eficacia activista	Asunción de los valores del Reino. Medios pobres vs. espectacularidad	Prácticas de acción liberadora. Servicio humilde vs. imposición

Tratando de explicar de modo general el recuadro decimos: En las líneas verticales se describen los procesos en los que se configura la dinámica de la transformación y que son tres: a) un proceso de interiorización en el que el sujeto en formación se ponga en contacto con el secreto de Dios para su propia vida; b) un proceso de vertebración mediante el cual vaya asumiendo los valores de su propia vocación en la dinámica del seguimiento de Jesús; y c) un proceso de configuración o de puesta en práctica de dichos valores que le dan cauce concreto para sus deseos de entrega y de servicio humilde.

En las líneas horizontales se describen los tres espacios en los que se desarrolla la cultura de la vida consagrada. El espacio de la consagración, en primer lugar, en donde se juega el lugar central de su nueva vida, el alma de todo el proceso que va a vivir; el espacio de la comunidad, entendido como una trama de historias personales de la que tiene que ir formando parte, también institucionalmente; y el espacio de la misión en donde deberá proyectar su futuro y vivir la misión personal como discípulo y compañero de Jesús.

Analicemos cada una de estas intersecciones entre procesos y espacios formativos para entender mejor y concretamente los lugares de insistencia formativa, nueve lugares donde debemos trabajar profundamente.

### **A.- INTERIORIZACIÓN COMO ALMA DE LA TRANSFORMACIÓN**

El primer objetivo de nuestra formación es ciertamente “renacer del agua y del espíritu”, decía el evangelio de hoy, “renacer de lo alto”, esto implica todo un proceso de interiorización. La formación antes que nada se vive en el corazón. En este sentido, es importante caer en la cuenta de que lo contrario de la espiritualidad no es la materialidad, sino la banalidad. Quedarse en la superficie de las cosas, vivir desde los reflejos con que la vida nos seduce y nos encandila. No entrar dentro de sí, ni aprestarse a vivir el viaje hacia el interior de sí mismo, que siempre es el viaje más apasionante.

El proceso de interiorización tiene que lograrse en los tres espacios de la formación, pero vamos a insistir en el primero de ellos: el de la consagración. En este ámbito íntimo, el proceso de interiorización se vive como un “entrar en contacto” continuado con el corazón, como ejercicio del “entrar dentro de sí” en momentos largos de silencio y soledad, y como aumento de la capacidad de saberse arraigados en el Amor de Dios. Se trata de ir creciendo en nuestra capacidad de interiorizar y personalizar la vivencia polar de la vida consagrada, es decir, la centralidad de Dios en nuestra vida. Y para ello son de vital importancia entrar en los varios caminos de acceso a la interioridad: hablamos del silencio, la lectio divina, los momentos de oración personal, tu vida sacramental. La Palabra de Dios interiorizada, rumiada, contemplada sin cesar, debe de ser un medio muy habitual de hacerse presentes a la Presencia del amor de Dios. Los ejercicios espirituales, la dirección espiritual, el coloquio formativo, en fin, todos esos caminos que tienes a disposición para interiorizar y discernir. Discúlpenme, pero sin una vida de oración intensa vivirás siempre en la superficialidad y tu formación jamás te llevara a una verdadera y profunda transformación.

En cuanto al espacio comunitario, al abrirse a la alteridad, en primer lugar, con ese Otro, con mayúsculas, que te pide acoger al otro como hermano en Cristo y que te lleva a aprender a estar “desarmado” frente a los hermanos y las hermanas de comunidad, respetuosos y receptivos a su presencia y capaces cada vez más de entrar en un contacto rico de reciprocidad. Construir relaciones sanas; evitar o luchar contra todo individualismo. Por último, el proceso de interiorización supone también un ir entrando en contacto progresivo con la misión, no como una “mera tarea”, sino personalizada en Jesús, descubriendo tu capacidad de encontrar al Dios de la Vida y de adorarle en lo cotidiano. En el espacio de la misión, de nuevo tenemos que ir interiorizando y personalizando las motivaciones que hacen de nosotros “enviados, testigos” y no “mercaderes o mercenarios” de ideologías.

## **B.- VERTEBRACIÓN: INTEGRAR LOS VALORES EVANGÉLICOS**

Este segundo proceso es clave en la formación: es el modo cotidiano de ir integrando valores en la dinámica del sujeto que se forma, de ti mismo. Pretende desarrollar en nosotros la capacidad de “vertebrar” en nosotros los valores evangélicos, es decir, de dotarnos de una estructura interior sólida, adherida a los valores evangélicos y a la Persona de Jesús.

Nos vertebramos siempre por el amor. No se puede forjar el hierro en frío. Lo que nos hace incorporar valores y personalizarlos es siempre la relación de amor con otra persona. Jesús es el entrenador esencial en el proceso formativo. La formación debe llevarte a “enamorate” de Cristo no a imitarlo. En nuestros procesos de formación no podemos ignorar que el gran movilizador de la persona, lo que la hace avanzar, cambiar, asimilar... es el deseo. Es ahí donde hay que trabajar, en el mundo de tus deseos y hacer de Jesús tu deseo mayor, tu deseo fundamental, Jesús y su Reino hasta el punto de generar en ti un cambio en tu sistema motivacional, en el mundo de los afectos, que deberán quedar modificados a partir de la experiencia de amor realizada en el encuentro cotidiano con el Señor de nuestra Vida. La persona de Jesús será, pues, lo importante. Su historia es la que nos ayuda a identificarnos con las verdaderas formas de desear, y nos legitima como seres

que podemos desear y que debemos hacerlo según el Evangelio, es decir, según los anhelos de Su corazón.

Al integrar todos tus deseos en este “deseo mayor” que es el amor en Cristo, nuestro hermano, no puedes entonces quedar indiferente ante los demás, no puedes permanecer en tu “caparazón” sino al contrario, el espacio de la comunidad se convierte en un lugar para crear verdaderas historias de fraternidad, vidas compartidas, vivencia de la familia del Reino de Dios. Venciendo así todo aislamiento, espíritu de egoísmo y encerramiento. Vivimos pues la “mutualidad”, el ser mutuos, el ser el uno para el otro, el ser la familia de Dios.

Al hacer de Jesús de Nazareth tu “deseo mayor”, la misión se convierte en un anuncio de su amor y de su manera de amar, al estilo de Belén, de la Cruz, de la resurrección; y la finalidad no será otra que la construcción del Reinado de Dios amor en el mundo.

### **C.- CONFIGURACIÓN: NUEVO ESTILO PARA LA VIDA CONSAGRADA**

El gran peligro al estar en esta casa reside en que, después de años de formación, no se produzca una verdadera configuración del formando, sino simplemente un adiestramiento de hábitos y de lenguaje que provoque la apariencia religiosa, pero que no cambie decisivamente el corazón. En realidad, los cambios más estables se producen en el formando cuando se ha modificado el sistema de categorías mediante el cual lee el mundo. Es decir, cuando las experiencias vividas y sufridas en la cercanía al Señor y a los hermanos alteran nuestro interior, y nos hacen ver las cosas de otra manera. Cuando se nos modifican las definiciones de la realidad y no podemos seguir viendo ya nada como antes. Cuando se logra esto, es señal que en verdad nos hemos formado.

Recordemos hermanos que quien se ha consagrado busca conformar su vida con la de Cristo. La persona consagrada no es un voluntario, ni un funcionario social o político, ni un gestor de los derechos de los seres humanos. Es ante todo alguien que sigue de cerca a Jesucristo. La consagración es el seguimiento de Cristo de una manera concreta y particular. Es dar forma concreta en la vida del que se forma a la vida que Cristo eligió para sí mismo y para sus discípulos. Es más, un vivir que un saber, un experimentar que un conocer.

Formarse es ir adquiriendo un modo de ser, en el que el formando reconoce su identidad, su vocación, su norma práctica de vida. El fin último de la formación es lograr que la persona viva la misma vida de Jesucristo, no tanto que conozca la vida y las obras de Jesús, sino que todo su ser quede permeado por el mismo ser de Jesucristo, de modo que pueda llegar a exclamar como San Pablo: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 19).

En ese sentido, la configuración del sujeto en formación tiene que ver con la manera como se va incorporando en la práctica lo que se ha ido interiorizando y vertebrando en su vida. Desde el interior hacia el exterior, de la vocación a la misión, pasando por la trama comunitaria que vincula de una forma muy cotidiana a la persona que se está formando.

¿Y esto cómo se puede verificar en un formando? ¿Cómo saber si se va “configurando” en él esta persona transformada? Basta con tomar en cuenta una serie de factores que tienen que ver siempre con la capacidad de elección de un estilo de vida que se asume libre y voluntariamente; darte cuenta, de parte tuya, como de tus compañeros y de tus formadores si en tu estilo de vida se nota eso que has elegido y gobierna tu vida:

- El primer indicador que nos puede poner sobre la pista del grado de asunción de la vida consagrada en su totalidad en la persona que se forma es la vivencia concreta de los votos. Cómo estas viviendo los votos, es decir vividos como un compromiso que nos libera, que se asume libremente y que tiene que ir generando un estilo de vida positivo, no victimista y sacrificado sino alegre y confiado: ir viviéndolos cada vez más no como impedimento sino como capacidades. No en el espacio del NO, sino en el espacio del Sí.

- El contacto positivo con la vivencia de la consagración se explicita también en la capacidad de ir apropiándose, como de algo personal y valioso, de las “cosas de familia”. El aprecio por la tradición congregacional y el sentimiento de pertenecer a una comunidad de memoria es importante. El llamado sentido de pertenencia y la claridad carismática, como dicen los hermanos de la DG.

- De igual modo es importante evaluar los modos como se practica la vivencia de la consagración en el testimonio de vida y en los diferentes trabajos en los que se concreta la misión (en el apostolado). Los modos como nos relacionamos con los destinatarios dicen frecuentemente mucho de nosotros mismos y de nuestra manera de situarnos frente a los valores evangélicos en la vida. Si nuestra opción y nuestra práctica apostólica esta caracterizada por el servicio humilde, como el carpintero de Nazareth o la búsqueda del poder, la fama, del autoritarismo, la imposición...

### 3.- CONCLUSION

Podemos decir en verdad que formarse es transformarse cuando se ha realizado un proceso en el que la persona hace de tal manera suyo lo vivido que lo experimenta como algo que le pertenece, y sin lo cual no puede ser ya él mismo. Recordemos lo que dicen nuestra Ratio, en la formación, quien se forma es el sujeto principal y activo de este proceso. Es él, eres tú quien irás viviendo la transformación por asimilación personal, no por imposición, repetición o mimetismo. Como dice Jesús en el evangelio de hoy, quien se está formando es alguien que tiene que nacer de nuevo: no basta con lograr traducir lo recibido por tu formador al aquí y al ahora de tu vida personal, es necesario que haya brotado desde y en tu relación con la persona de Jesús. Siendo experiencias para la vida, no eres tú solo quien se encarga de hacerlas vida en tu propia persona, sino el Señor.

Esta dinámica se va llevando a cabo en los tres procesos que hemos señalado en la tabla inicial: el sujeto que se forma, es decir tú, mediante **la interiorización** tomas contacto con tu realidad más central y profunda y descubres allí el sentido para tu vida: la consagración personal a Dios y a su Reino. Es comenzar a ver la vida desde una perspectiva especial, esto es, la perspectiva de la vida consagrada.

Pero no basta con interiorizar, sino que deberás **ir vertebrando** tu propio ser en aquellos valores que te irán modulando el mundo de tus deseos, el núcleo motivacional, y te irán conduciendo a apropiarse de ellos. Es preciso que los que están en el proceso de formación,

cada uno de ustedes, vayan haciendo suyos esos valores, que los personalicen, que los asimilen y que los tengan como punto de referencia en toda su vida, en todo su actuar, en todo su pensar. Lo vivido en la formación se enmarca en una relación y en un encuentro personal, tanto con el formador como con la persona de Jesús, y entonces se ve como un valor, se ve como algo realmente deseable.

De igual modo, la interiorización y la vertebración tienen que conducir a una **verdadera configuración** de la persona, deben ir impregnando las prácticas en las que nos realizamos. Si lo que se busca es la transformación de la vida, lo que se ha asumido personalmente como un valor debe significar algo en lo concreto para esa persona, para ti, formando en este caso. Dando un ejemplo concreto en cuanto a los votos, puedes afirmar que la vida de pobreza es un valor bueno en sí mismo, o la castidad o la obediencia, pero si no aprecias dicho valor como algo que tiene un peso específico para tu persona, será muy difícil pues que puedas vivirlo en toda su profundidad y fecundidad.

Busquemos pues hermanos lanzar en nosotros estos procesos, redescubrir este “puerto de llegada” en nuestra formación. Estas aquí formándote para transformarte; estas haciendo todo lo que se hace porque deseas transformarte y ser, en Cristo, esa persona que ha “renacido de lo alto”. Buen final de semestre.

P. Rubén Antonio Macias Sapien sx

*Bibliografía:*

- Tomado de Xavier Quinzá, SJ, *“El influjo de lo débil. Vida religiosa en medio del mundo”*, Ed. Sal Terrae, Santander 2013.
- Curso sistemático de Formadores, Proyecto Cruces.